

sus habitantes de aquel tiempo nada sabemos con exactitud. De las confusas leyendas posteriores no podemos deducir otra cosa sino que allí se había mezclado también una población primitiva con todo género de elementos extraños procedentes del Norte. Aun en tiempo de Mahoma hallamos toda la parte septentrional del Hedyaz sembrada de colonias judías; y si ya mucho antes de la aparición del Profeta era atribuida generalmente la fundación del santuario de la Meca á Abraham; si, además, resulta que ninguno de los nombres de personas y lugares que se citan pueden ser derivados del árabe, hemos de deducir que, ya en época muy remota, debieron de efectuarse inmigraciones desde la frontera de Siria. No está demostrado, ni es apenas probable, que estos primeros inmigrantes fueran judíos, y menos edomitas ó amalecitas: no conocemos bastante la etnografía de las comarcas fronterizas siro-arábigas, en tiempos antiguos, para poder establecer aquí hipótesis más precisas. En todo caso se encontraba en el Hedyaz, desde mucho tiempo antes de Cristo, una mezcla de población de elementos diversos que poco á poco se fué arabizando completamente. Ahora bien, esta población tenía su centro en la Meca, donde ya muy temprano existía un santuario de carácter enteramente ajeno al árabe, la Ka'aba, que ya al principio de nuestra era se conocía por el griego Diodoro como «el más venerado por todos los árabes.» Si es lícito sacar consecuencias retroactivas de situaciones posteriores, fácilmente se explica el origen y forma de esta adoración. La Meca se encuentra muy cerca de las fronteras, así del antiguo reino de Saba como del beduinismo central arábigo. Los habitantes de la Meca y sus cercanías debieron de tener especial cuidado en proteger las caravanas que se dirigían al Norte contra la rapacidad de los hijos del desierto, que, á cada instante, podían fácilmente bajar de su tierra alta á la vía comercial; así, sus esfuerzos tendían á poner su comercio bajo la protección del templo exótico, que, desde el principio, fué, en verdad, objeto de pavor para el legítimo beduino, al cual, por lo mismo, infundía respeto. De esta suerte se fundó una liga de las tribus del Hedyaz, directamente interesadas en el tráfico, cuya liga tuvo un punto de enlace religioso en la adoración común de la Ka'aba, y poco á poco hizo aceptar, á lo menos, algunas disposiciones de carácter general á los beduinos, incrédulos por naturaleza y, por lo mismo, supersticiosos. Celebrábase todos los años con gran pompa una fiesta de la primavera en la Meca y sus alrededores, como suelen celebrarla la mayor parte de los pueblos semitas, la cual había sido introducida allí por los inmigrantes del Norte; á ella no solo eran invitadas las demás tribus sino que se procuraba hábilmente incitarlas á acudir combinando la fiesta religiosa con grandes ferias, que se celebraban en varios lugares cercanos á la Meca antes y después de la festividad religiosa. En estas ferias podían cambiar los hijos del desierto las pieles de sus reses, camellos adiestrados para el acarreo y todo cuanto durante el año les habían producido sus prados, por todo género de productos de la civilización: preciosas telas de Siria, joyas de las que los hábiles judíos del Hedyaz septentrional producían en abundancia, y otros artículos considerados como raros y de valor por los nómadas semi-bárbaros. No es, pues, maravilla que estos se convencieran de que tales transacciones exigían relaciones pacíficas por ambas partes y la supresión de las favoritas correas, á lo menos mientras duraban las ferias. Así se logró bastante tiempo antes de Mahoma que por espacio de cuatro meses del año reinase una tregua no solo en el territorio de la confederación comercial de la Meca sino también en casi toda la Arabia, tregua durante la cual las diversas tribus podían enviar sus representantes á la Meca para realizar sus

negocios y regresar sin molestias á sus casas. Al mismo tiempo veían también las raras ceremonias del culto de los dioses de la fiesta y los solemnes sacrificios, observando, á la vez, como no podían menos de hacerlo, que semejantes actos de piedad atraían sobre la Meca la bendición de lo alto, proporcionando á sus habitantes prosperidad y bienandanzas. Así, muy pronto pensaron en granjear para sí mismos tales ventajas, y comenzaron á interesarse poco á poco en los actos religiosos, cuyas desusadas ceremonias debieron desde luego de hacer grande impresión en el ánimo de gentes que, en la adversidad más extrema, acostumbraban á lo sumo á dirigirse en toasca plegaria personal á un ídolo cualquiera como un meteorolito, un árbol sagrado, una brillante estrella, pues les era completamente extraña la idea de una comunidad religiosa y de su culto regular. Los astutos mercaderes de la Meca hicieron por su parte cuanto pudieron para facilitarles la adhesión á sus usos. Colocaron, así en la Ka'aba como fuera de ella, además de la imagen del dios propio, los ídolos de las tribus forasteras, consiguiendo poco á poco que todo árabe que no moraba muy lejos de allí viera en el templo de la Meca su propio santuario, cuyo señor, aunque pocas veces preguntara por él, venía á ser suyo también; pues por encima del cúmulo de ídolos se presentaba ya hasta en la misma Arabia «el dios desconocido,» dominando el antiguo dios semita Il ó Ilah, como le llaman los árabes del Norte, probablemente por la influencia judía; algo así como el *Allwater* ó padre universal sobre los dioses de los germanos, no adorado de una manera inmediata por medio de plegarias y culto, pero confusamente presente en la conciencia del pueblo como «señor de la Ka'aba.» De esta suerte, cuando el poder del antiguo reino de Saba no fué ya suficiente para asegurar el camino de las caravanas hasta el Norte, la necesidad de esta protección creó paulatinamente, á lo menos dentro de ciertos límites, un determinado orden social, y así fué la Meca centro primitivo no solo del Hedyaz sino también de las tribus arábicas en general.

Aun en medio del curso de este desenvolvimiento, el cambio de la vía comercial y la emigración de las tribus del Yemen hacía el Norte llevarían probablemente también hasta la Meca grandes modificaciones. Gran número de tribus sud-arábigas penetraron en el Hedyaz, y mientras la mayor parte continuaron su ruta hacia el Norte, una se estableció en la Meca y sus alrededores, la de los Benu-Josá, mandada por un caudillo que después tuvo el nombre de Amr Ibn Lohaf. De este dicen los musulimes que en lugar del puro culto de Dios, que antes de él había existido en la Meca, instituyó el de los ídolos; esta es, naturalmente, una versión teológica muy verosímil, y significa que los árabes meridionales, al mezclarse con la población entonces existente en la Meca, procuraron también hacer lugar en la Ka'aba á las deidades de su tribu. Hasta entrado el siglo v los inmigrantes, según se dice, mantuvieron su superioridad en la Meca, relegando al último término á los Benu-Koreisch, como se llamaban los anteriores dominadores de la ciudad. Por aquella época, así se cuenta, vivía en la Meca Fátima, viuda de Kilab, koreischita notable, con sus dos hijos Sohra y Seid. Casó de nuevo, cuando el primero de los hijos era ya hombre y el otro todavía niño, y, por cierto, con un individuo de la tribu sud-arábiga de Odhra (1), que moraba entonces al Norte de Yathrib, la ciudad que fué después Medina. Siguió

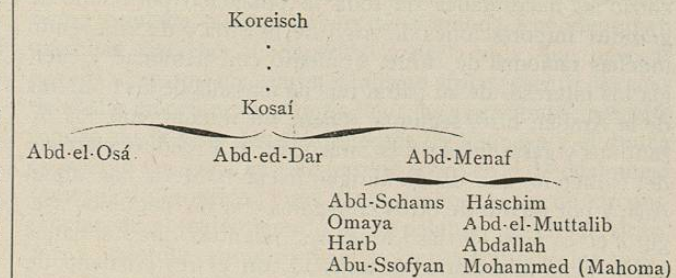
(1) Esta es la de los Asra-Heines. «Los Benu-Odhra, — dice un sabio árabe, — son afamados por su pasión en el amor. Cierto día fué preguntado un beduino: — ¿De qué tribu eres tú? — y replicó: — Pertenezco á las gentes que mueren cuando aman. — Entonces observó una muchacha que oía lo que se decía: — Vive Dios que es odhrita.»

á su marido á su patria, donde le dió un hijo llamado Risach junto con el cual fué educado Seid, habiendo permanecido Sohra en la Meca. Porque Seid se educó lejos de su patria le dieron el sobrenombre de Kosá (1); más cuando se hizo hombre y tuvo conocimiento de su origen regresó á la Meca. Allí se encontraba entonces la Ka'aba completamente en poder de los josa'itas, cuyo caudillo Holeil presidía la administración del santuario. Kosá logró obtener su favor, de tal suerte que le concedió su hija Hobbá en matrimonio. Cuando Holeil se hizo viejo é imposibilitado, dejó que le sustituyera varias veces su yerno en el servicio de la Ka'aba; pero mientras Hobbá le instaba para que nombrara su sucesor definitivo á su marido, prefirió Holeil á uno de sus compañeros de tribu, Abu-Gubschan, y le entregó á su muerte las llaves del templo. Kosá hacía tiempo que se había propuesto reintegrar á su tribu en la supremacía de la ciudad y de la Ka'aba, y, al efecto, embriagó á Abu-Gubschan, comprándole entonces las llaves por un pellejo de vino. Por eso los árabes aun hoy día hacen mención de la «venta de Abu-Gubschan,» y designan á un verdadero tonto con las palabras: «Mas tonto que Abu-Gubschan.» Como Kosá ya presumía que los josa'itas no se dejarían despojar tranquilamente de la posesión de la Ka'aba, no descuidó la precaución de mandar acudir en su auxilio á su hermanastro Risach con gran número de odhritas, y con ellos y los koreischitas consiguió, después de tenaces combates, arrojar á los josa'itas de la Meca. Entonces reformó todas las leyes de la ciudad y el culto de la Ka'aba. Muchos de los koreischitas habían vivido hasta allí diseminados entre las tribus vecinas, y él los mandó ir á la Meca, asignando á cada familia un barrio. En la ciudad edificó una «casa de asambleas,» en la cual deliberaban los ancianos de la tribu, bajo su presidencia, acerca de los intereses comunes, y donde se guardaba la Liwá, ó sea la bandera de guerra. Indujo á los koreischitas á que aceptasen la imposición de un tributo, cuyo fondo serviría para asistir á los más pobres de los forasteros que iban anualmente en peregrinación á la Meca para tomar parte en la gran festividad. De la administración de estos ingresos, llamada Rifade (prestación de socorros), de la presidencia del Consejo y de la custodia de la bandera hizo un cargo honorífico; así como de la dirección de la guerra, Kiyáde (jefatura); de la distribución de las aguas de las escasas fuentes á los habitantes de la ciudad, y especialmente á los forasteros en la época de la festividad de la peregrinación, Ssikaye (suministro de aguas), servicio muy importante en aquel clima pobre de lluvias; de la inspección de la Ka'aba, Hidschabe (cargo de guarda) y, por último, de la guía y despedida de los peregrinos en las procesiones dentro y fuera de la ciudad, Idschase (licencia, despedida). La mayor parte de estos cargos fueron después hereditarios en las principales familias de la ciudad que se decían deseendientes de Kosá, particularmente los de Ssikaye y Rifade en la familia Háschim, de los Abd-Menaf, y el de Hidschabe con la presidencia del Consejo y la Liwá en los Abd-ed-Dar.

Toda esta historia de Kosá, que circula todavía como moneda corriente entre algunos historiadores modernos, no es más que una tentativa para dar fundamento histórico á las circunstancias y disposiciones de la época de Mahoma, fundamento que para la tradición popular pueda autorizar la retroversión á una determinada persona. A Kosá no puede concedérsele más realidad histórica que á Elena, á Eolo y á Doro. Cierto es que figura en las genealogías árabes más

(1) Debería, tal vez, traducirse «desdichadito;» según la forma es, en realidad, un diminutivo de *kassi*, separado, alejado. Esta interpretación habrá sido inventada, como tantas otras veces sucede, posteriormente para explicar el origen del nombre.

allá del quinto ascendiente de Mahoma; pero está demostrado que estos cuadros genealógicos se formaron artificioosamente en la época de Mahoma sobre la base de inciertas tradiciones verbales, y que es completamente imposible que todas las familias que aparecen en ellos como procedentes de Kosá sean consideradas verdaderos descendientes de una sola persona. Así, por ejemplo, en el siguiente árbol genealógico



gicó no hay que ver más que una expresión convencional de que Mahoma, hijo de Abdallah y nieto de Abd-el-Muttalib, pertenecía á la familia de Háschim, así como Abu-Ssofyan, hijo de Harb y nieto de Omaya, á la de Abd-Schams, y que ambas familias pertenecían al grupo de tribus Abd-Menaf, que con otros grupos como Abd-ed-Dar, Abd-el-Osá y Kosá pertenecían á la subtribu de los Benu-Koreisch. Se ha admitido como muy probable que solo los tres últimos ascendientes, á lo más, en este, y en general en todos los árboles genealógicos de la época de Mahoma pueden ser considerados como individuos: así, por ejemplo, es muy posible que Háschim no fuera el padre, sino, tal vez, el abuelo de Abd-el-Muttalib, y que Abd-Menaf no fuera ninguna persona histórica sino más bien el representante ideal del hecho de que los miembros de las familias Abd-Schams y Háschim, que vivían en tiempo de Mahoma, se consideraban entre sí como parientes lejanos, ya porque en realidad fueran consanguíneos, ya porque hubieran entrado en relaciones más íntimas á causa de su vecindad ó por casamientos u otros motivos. En semejantes circunstancias es, naturalmente, muy difícil deducir los sucesos reales de una tradición vestida con tal ropaje genealógico. De toda la historia de Kosá solo me atrevería á considerar como hechos históricos, que allá por los años 400 — también pudo ser antes — los árabes meridionales, que habían emigrado á la Meca, se asimilaron, como con frecuencia sucede, á la población primitiva (casamiento de Kosá con la joven josa'ita), y que esta nueva población, juntamente con los árabes meridionales de la tribu de Odhra, hiciera una guerra de coalición contra los josa'itas que se habían conservado puros, que vivían fuera de la ciudad, tal vez con motivo de las pretensiones de estos para servirse también de la Ka'aba u otras por el estilo que parecieran injustificadas á los de la Meca. La memoria del acontecimiento se perpetuó entre mercaderes de la ciudad, poco acostumbrados á la guerra, como formando una época á la cual se fué atribuyendo también, poco á poco, el origen de las instituciones elementales que existían en la Meca en tiempo del Profeta, y, por último, esta época fué personificada en Kosá por el sistema conocido de la formación de los mitos.

Si con esto, naturalmente, no se ha llegado, ni con mucho, á explicar todos los diversos rasgos de la leyenda, ni siquiera á apreciar de cierto modo con más claridad los hechos reales, aun nos encontraremos en peor situación para estudiar el resto de la época anterior á Mahoma, si bien comenzamos á acercarnos poco á poco al terreno de una tradición exactamente comprobable. Aquí se hallan los datos en general desfigurados y en parte totalmente supuestos por

el afán consciente ó inconsciente de atribuir en todas partes el primer puesto al enviado de Dios y á su familia. Según ellos, Háschim fué nieto de Kosaf y bisabuelo del Profeta y siempre el primer hombre de la Meca. No solo había ejercido el cargo de la asistencia á los peregrinos con largueza verdaderamente régia, como le permitía su grande hacienda, sino que durante una época de hambre en la Meca soportó las necesidades de toda la población por medio de grandes importaciones de trigo de la Siria y distribuyendo muchas raciones de carne. Fomentó con habilidad y energía los intereses de su patria mucho más allá de las fronteras de la Arabia; hizo, según se refiere, un tratado con los bizantinos y gassanidas de la Siria para el expedito ejercicio del comercio, que desde antiguo hacía la Meca con aquel país; y por medio de otros convenios con los beduinos aseguró el camino de las caravanas, mientras que hermanos suyos hicieron tratados de amistad con el rey cristiano de Etiopía, así como con los himyares y persas. El fué, por último, quien organizó el comercio de la Meca en la forma en que después se ejerció: cada invierno salía una gran caravana hacia la Arabia del Sur y cada verano otra hacia la Siria. Tal posición influyente era natural que tuviese envidiosos, pero fué en vano que, especialmente, su sobrino Omayá tratara de rivalizar con hombre tan poderoso. A su muerte pasaron sus dignidades, en primer lugar, á uno de sus hermanos y luego á su hijo Abd-el-Muttalib. Este, después de todo género de incidentes, tuvo la fortuna de descubrir la fuente de Semsem, junto á la Ka'aba, cuya abundancia no solo fué de inapreciable valor para el servicio de los peregrinos que acudían á la festividad religiosa sino que proporcionó á Abd-el-Muttalib una posición, si no tan brillante, á lo menos tan sólida como la de su padre; de tal suerte que la tentativa de Harb, hijo de Omayá, para oscurecerle fracasó con tanta desgracia como la rivalidad del padre de Omayá con Háschim.

En realidad, como lo demuestra la situación de Mahoma respecto de sus compatriotas y como se desprende asimismo muy claramente de muchos pasajes del Corán, los más próximos ascendientes del Profeta fueron personas de la clase media, que en manera alguna se podían comparar con la familia Omayá, en verdad muy considerada y poderosa. Abd-el-Muttalib que, según parece, amaba tiernamente á su nieto el pequeño Mohammed (Mahoma), no pudo siquiera dejarle un legado que le preservara, en cierto modo, de la indigencia; y de Abu-Tálib, tío del Profeta, que le protegió durante su vida con gran abnegación, sabemos que vivía con su numerosa familia en circunstancias bastante precarias. Asimismo podría sospecharse que el Ssikaye (la distribución de agua á los peregrinos) era, más bien que un cargo honorífico, un derecho anejo al propietario de la fuente, del cual la familia de Háschim podía haber sacado regular beneficio en la época de la peregrinación anual, abultándose luego, por el motivo indicado, su importancia y equiparándolo á la presidencia del Consejo de los koreischitas y á la jefatura del ejército. Es por demás sospechoso que la grandeza de la casa de Háschim vaya decayendo constantemente, según la tradición, hasta la época de Mahoma: la leyenda misma apenas se atreve á exagerar las condiciones de fortuna, muy modestas, de su padre Abdallah; pero Abd-el-Muttalib ya es, según ella, un personaje muy importante, y al mítico Háschim le atribuye hechos puramente fabulosos para un habitante de la Meca en aquella época; en especial es enteramente grotesca la idea de presentarle concertando verdaderos tratados internacionales con persas y bizantinos. Muy ingenuamente se refiere también la tradición á la casa de Omayá: que sus individuos eran ricos y poderosos y tenían la

jefatura en la guerra, se desprende de la misma historia de Mahoma y, por lo tanto, no podía ser negado; pero convenia, naturalmente, que la familia Háschim apareciera más importante, y de ahí las narraciones, repetidas hasta en sus más pequeños detalles con harta insipidez, de las tentativas de Omayá y de Harb para rivalizar con los ascendientes del Profeta. De las narraciones que hemos extractado, solo se puede, pues, deducir que durante los dos últimos siglos que precedieron á Mahoma fué hereditaria en la familia Omayá, si bien con alguna oposición interior, la influencia predominante en la Meca, pero, naturalmente, según el sentido restrictivo en que era posible entre los árabes, tan amantes de su independencia, pues en esto no cedía un punto el habitante de la ciudad al beduino. La familia y la subtribu moraban, como los beduinos en sus campamentos bajo tiendas, libres é independientes en su barrio, sin recibir órdenes de nadie. Pero la ocupación pacífica del mercader, á la cual nunca podían ser ventajosas las enemistades intestinas entre los grupos de familia de la ciudad, dió por resultado cierta moderación del sentimiento del honor, tan exagerado entre los beduinos; y la influencia de la riqueza y de la consideración pesaba más entre los de la Meca, que sobre todo eran buenos calculadores, que en el desierto, donde estas ventajas estaban sujetas á cambios repentinos y dependientes de la heroicidad personal. Así, en las asambleas, dominaba generalmente la opinión de la minoría, que tenía buena posición, y las personas poco significadas no se atrevían á cruzarse en el camino de los poderosos. A estas personas de escasa posición debieron, seguramente, de pertenecer los individuos de la familia Háschim.

Aunque semejante organización no merezca el nombre de entidad social, dada la situación de las cosas en la Meca, contenía algunos gérmenes de Estado cuando menos; gérmenes que faltan casi por completo en el resto de la Arabia aun en la ciudad del Hedyaz, Yathrib, después Medina, que juntamente con la Meca tenía ya en aquel tiempo alguna importancia. Esta población, así como una gran parte del Hedyaz septentrional, estuvo, según nuestras noticias, en poder de los judíos. Cuando habían colonizado el país y de dónde procedían no se sabe; pero lo más probable es que fueran de los fugitivos que de las guerras entre romanos y judíos se despararon por el mundo en el primer siglo de nuestra era. No es posible hallar un origen más antiguo. De esta suerte, mientras que encontramos á estos judíos, al revés de sus correligionarios en otros países, completamente arabizados en casi todo lo que se refiere á la vida ordinaria, en la guerra y en la paz, en la carencia de toda organización social, en el fraccionamiento en tribus sin lazo alguno común y en todo su modo de pensar, vemos sin embargo que habían conservado no solo su religión sino también algunas otras particularidades que parece debían haber perdido en una vida entre los árabes que abrazaba varios siglos, y habiendo tenido que conformarse, bajo otros aspectos, á las costumbres de la península arábiga. Vivían, por lo general, en barrios fortificados ó en castillos, cosa no vista en la Arabia del Norte; ejercían, al propio tiempo que el comercio y el cultivo de los dátiles, algunas industrias (precisamente en Medina habitaban los judíos Benu-Keinoká, célebres como aurífices en toda la Arabia) y hablaban entre sí un dialecto especial judío-arábiga. Sus dos poblaciones principales eran Jeibar y Yathrib, pero solo gozaron de tranquilidad en la primera. A Yathrib acudieron, á consecuencia de la emigración sud-arábiga, los Benu-Aus y los Benu-Jasradsch, subtribus de los Benu-Asd del Yemen, que arrojaron á los judíos de la ciudad propiamente dicha y les obligaron á construir nuevos barrios fuera de ella. Al propio tiempo les tomaron, como es de suponer, sus me-

jores campos y plantaciones de palmeras, de los cuales dependía entonces la existencia de Yathrib, situada en una fértil comarca, así como la de la Meca, en medio de sus peladas rocas, dependía del comercio. Mas tan pronto como ambas tribus tomaron posesión de la ciudad, harto reducida para la vida libre de los árabes, vinieron á las manos, alternando la guerra y la paz hasta que en el año 583 comenzó una lucha que continuó casi sin interrupción hasta la llegada de Mahoma á Medina. En esta ocasión parte de los judíos fué arrastrada también á la pelea, y con su ayuda consiguieron los aus, muy débiles de suyo, causar una gran derrota á los jasradsch, en el año 615, en la célebre batalla de Bo'ath, como á una legua al Nordeste de Medina. Sin embargo los jasradsch se conservaron todavía bastante fuertes para sostenerse en la ciudad, donde más adelante los volveremos á encontrar.

A pesar de todo el fraccionamiento, á pesar de las incasantes luchas entre centenares de tribus, ya los árabes eran una nación mucho antes de que su profeta les hubiese reunido exteriormente, á lo menos durante algún tiempo, en una comunidad. Los árabes, lo mismo que los griegos, tienen una comun antipatía á todos los que hablan otro idioma; como á los griegos respecto de su idioma, les es sospechoso y repulsivo, si no digno de desprecio, como bárbaro, todo el que no habla árabe. El orgullo de la pureza de raza que aun hoy día encontramos en todos los beduinos, animaba ya en los tiempos antiguos al individuo, á la tribu y al pueblo. La lengua árabe es, á su vez, la más rica, la más expresiva y la más elegante, aunque no la más armoniosa del mundo, en la cual han encontrado su expresión clásica el orgullo y la unidad nacionales del más particularista de los pueblos. Es el instrumento más perfecto de la poesía, la que en lo interior liga una tribu á otra hasta en el fraccionamiento exterior más fuerte; por eso lengua y poesía no solo tienen sus raíces en el corazón del árabe, sino que forman parte de su propio ser. Así como no hay en el mundo ningún pueblo que, como el árabe, dé un valor tan desmesurado á la pureza y elegancia de la expresión, aun en la vida usual, tampoco se encuentra ninguno, exceptuando, á lo más, al de Atenas en la época de su florecimiento, que haga de la poesía objeto tan íntimo de interés general y la mire como propiedad de todo el pueblo. Todo suceso de alguna importancia se refleja en esta poesía; los hechos de la vida ordinaria danla ocasión á cada instante para prestar sus formas de expresión á los sentimientos del hombre libre, á sus observaciones, á sus reflexiones y á sus pasiones; y donde todos son poetas, y donde cada cual puede comprender y apreciar la poesía del otro, no es la canción solamente un adorno sino además, y en cierto modo, la expresión exacta del concepto de la vida popular. Después del héroe es el poeta quien más se eleva, así en la opinión de la tribu como en la de los extraños; sus cantos dan á su familia derechos á honores y consideración no inferiores á los de las proezas de un gran guerrero, y si reúne ambas condiciones, puede gloriarse de haber dado de sí cuanto es posible en un hombre.

No es este lugar á propósito para hacer extensas consideraciones acerca de la esencia y carácter de la poesía árabe. Solo intento aquí desvanecer un error muy general, que con facilidad se convertiría en funesto para la comprensión del carácter y de la historia de este notable pueblo. El que no se haya dedicado al estudio detallado de las literaturas orientales, puede fácilmente confundir la antigua poesía árabe con la persa y con la cortesana del período de los Abasidas. Únicamente á los persas es aplicable lo que en los poetas orientales se llama «ardiente fantasía» por unos, y por otros

«ampulosidad oriental.» El árabe tiene muy poco de lo que nosotros entendemos por fantasía creadora; es un hombre parco, escéptico y calculador, y, merced al aguzamiento de sus sentidos por la vida del desierto, capaz y amante de la más minuciosa observación de la naturaleza que le rodea. Así, es más conforme á su manera de ser describir en frases escogidas y seductoras por su ingeniosa diversidad la velocidad de su camello y la nobleza de su corcel, ó una cacería, ó una tormenta, ó los atractivos de su amada, y condensar en máximas discretas su experiencia de la vida, que navegar por los mares de un sentimentalismo lírico, «sentir las más delicadas emociones,» y reproducir las agitaciones más profundas de la vida del sentimiento. La epopeya y el drama prosperan tan poco en este terreno como en el de cualquiera otro pueblo semítico (1); el canto árabe, poesía de circunstancias, en el mejor sentido de la palabra, no puede alcanzar la poderosa estructura de una extensa composición poética, porque falta á los poetas la profundidad y grandiosidad de la percepción artística saturada de fantasía, que, cuando menos en este campo, parecen negadas á los antiguos semitas.

Por lo mismo que nos parece extraña la vida ordinaria del árabe del desierto, nos parece exótica también su antigua poesía, reflejo de aquella. El que no toma por un camello más interés que el que tomaría el visitante de una colección zoológica, debe necesariamente dormirse ante extensas descripciones de un ejemplar ideal de semejante género de animales; pero el que ve en «el buque del desierto» no solo la única posibilidad de su existencia sino también, muy á menudo, el valiente compañero de peligrosas aventuras y el fiel salvador en apurados trances, podrá muy fácilmente entusiasmarse con las elegantes formas y rápidos movimientos del suyo, como se entusiasma el lírico de Occidente, algo más romántico que aquel, á la simple vista del rizo de su amada. Sin embargo, no deja de haber puntos en que podemos identificarnos con el poeta árabe sin necesidad de colocarnos violentamente en su punto de vista por medio de una artificiosa reflexión: cuando el acento de la pasión, del amor, del orgullo y del odio vibra en su canto, ó cuando se desborda en punzantes epigramas la malicia, á veces bastante obscena y casi siempre ingeniosa, del burlón semita.

Refiriéndome, en apoyo de estas cortas observaciones, á la traducción de la *Hamasa* por Rückert, ya anteriormente recomendada, no puedo menos de hacer justicia á algunos de los más célebres poetas preislámicos que aun hoy día son el orgullo de los árabes eruditos, pocos en número, y que constituyeron la verdadera grandeza del pueblo en la época en que aun no poseía una historia propiamente dicha. Ya hemos encontrado á tres de ellos: á Imruulkeis, de real estirpe, al experimentado Soheir y al cauto Nábiga; al lado de estos ostenta el siglo VI un gran número de poetas notables, la mayor parte de los cuales no eran menos diestros en manejar la lanza y la espada que el metro y la rima y el lenguaje artístico. Entre los más antiguos encontramos algunas figuras casi míticas, los «corredores» (*addá'un*) Schánfara y Ta'ábata Schárran, funestos valentones que llevaban una vida apartada en el desierto, «hombres salvajes, su mano contra todos y la mano de todos contra ellos,» que se jactaban de vivir en armonía con lobos y fantasmas nocturnos. Es muy conocido el soberbio canto de venganza de Ta'ábbata, que Goethe dió á conocer en sus notas al *Divan oriental ó occidental*. Tampoco faltaron poetas durante las grandes guerras entre Bekr y Táglil, y entre Abs y Zobian, cuando se tra-

(1) Los *Epen* asirios son de origen babilónico antiguo, y en la pretensión de considerar el Libro de Job y el Cantar de los Cantares, de Salomón, como dramas, no veo más que juegos de ingenio.

taba de ensalzar la gloria de la tribu ó su superioridad sobre el enemigo ó para jurar venganza por derrotas sufridas. Así tenemos en la colección de la Mo'allakat dos grandes poesías, una de Hárith, hijo de Hillise, de la tribu Bekr, y otra de Amr Ibn Kolthum, el Taglibita, las cuales dan enérgico colorido al conato de la larga lucha, así como al elevado pundonor de ambas tribus. De este pundonor había dado Amr una prueba muy singular cuando en la tienda del rey de Hira, Amr, hijo de Hind, que le agasajaba, oyó el grito airado de su madre Leila, maltratada por la reina en la vecina estancia, y, sin titubear, se arrojó sobre el rey y lo tendió muerto á sus piés. Por esto se hizo vulgar entre los árabes el dicho: «Mas pronto en el ataque que Amr Ibn Kolthum.» Desde el centro del campamento de Hira consiguió abrirse camino con los suyos y escapar ileso. Peor suerte tuvieron antes que él con el tremendo rey Iachmida otros dos hijos de Bekr, Mutalammes y Tárafa. Aquel el tío y este el sobrino eran ambos poetas célebres; especialmente el último, que en su genial ligereza se dejaba llevar del vino, las mujeres y el canto mas de lo que le convenia, había ido á la corte de Amr atraído por la perspectiva de honores y riqueza. Pero pronto se cansó de la etiqueta de la vida cortesana; nunca pudo contener su lengua, é hizo un epígrama que fué comunicado al rey. Indignado este, imaginó una venganza artera: con fingida amabilidad dió á ambos poetas el encargo de llevar un mensaje á un príncipe amigo en Bachrein, territorio al Oeste del golfo pérsico. Cada uno de ellos recibió una carta, como Belerofonte de Proetos, en la cual se recomendaba la muerte inmediata del portador, y con ella se pusieron en camino. A Mutalammes le asaltaron sospechas; tío y sobrino

Hablar y cantar sabían:
Sus discursos y canciones
Se conservan todavía;
Mas ni el arte de leer
Ni el de escribir conocían (1).

Así Mutalammes se dirigió á un joven de Hira, el cual, como muchos cristianos de la Mesopotamia, poseía el arte misterioso y le leyó la «carta de Urías.» Mutalammes arrojó al río el peligroso escrito y aconsejó á Tárafa que siguiera su ejemplo y regresara con él á la patria.

Contestó alegre Tarafa
Y esto le dijo á su tío:
«Leer es un arte hermosa
Y el escribir hermosísimo;
Las ondas de la corriente
No se han de llevar lo escrito,
Que para memoria eterna
Se guardará en los archivos.
También en el porvenir
Se leerán los cantos míos:
Y así en honor de estas artes
Pondré mi vida en peligro,
Y haré llegar este pliego
Por mi mano á su destino.»

Así lo hizo, y encontró la muerte cuando apenas tenía veinte años de edad: pero el arte de escribir se le ha mostrado agradecido por la buena opinion que de él tuvo; aun hoy se escriben y leen sus cantos, y un sabio de Alemania acaba de hacerlos imprimir en Inglaterra, países y cosas en que el amable libertino árabe del siglo VI no pudo siquiera soñar.....

Muchas otras aventuras románticas de poetas nos refiere

(1) S. Rückert: *Stete libros de leyendas é historias orientales*. Primer tomo hasta cuarto tomos. Stuttgart, 1837, pág. 136.

la tradición; pero el historiador no debe hacerse cargo de ellas mas que hasta donde lo exige la necesidad de caracterizar al pueblo. Así solo citaremos rápidamente al vivo Alkama, de la tribu Temim, que se atrevió á rivalizar con el rey de los poetas, Imruulkeis; al sabio Lebid, autor de una Mo'allaka, el cual llegó á presenciar el triunfo de Mahoma y se acogió al islamismo, y al Taffita Hátim, que aun hoy día es proverbial como el mas generoso de los hombres, cuya grandeza de ánimo no le permitía negarse á ninguna súplica, y hasta cuando un enemigo perseguido por él le gritó con oportuna presencia de espíritu: «¡Oh Hátim! ¡dame tu lanza!» no supo negarse á la dádiva, con lo cual el fugitivo escapó sano y salvo. El muy hábil Ulises, entre los poetas, era El-Ascha de Bekr, «el cimbaletero de los árabes,» que llevaba sus cantos de tribu en tribu y que no tuvo mas que cantar una poesía en la feria de Okaz (2) en loor de un amigo suyo dotado de escasa fortuna pero con muchas hijas, para proporcionar á todas las jóvenes maridos entre las mas distinguidas familias. Pero de todos los héroes poetas, incluso Imruulkeis, de régia estirpe, á quien el mismo Profeta, poco dispuesto en general en favor de los de su especie, reconocía como «el porta-estandarte de los poetas, si bien, por desgracia, en el camino del infierno,» ninguno ha permanecido tan vivo en la memoria del pueblo como Antara el absita, hijo de Schedad. No era legítimo, sino hijo de una esclava negra y, por lo mismo, segun la dura ley de la antigua Arabia, debía permanecer en aquella condicion mientras su padre no le declarara expresamente libre. El padre no quiso hacerlo, obligando al fogoso joven á guardar camellos en vergonzosa ociosidad. Sucedió que un día cayeron los zobianitas sobre el campamento débilmente defendido de los absitas: «¡Acomete, Antara!» gritó el padre, pero el hijo replicó: «El esclavo no sabe pelear, el esclavo no sabe mas que ordeñar camellas y ligar ubres (3).» «¡Acomete, eres libre!» repuso el padre. Entonces Antara se precipitó sobre los enemigos; su arrojo enardeció á la escasa tropa, y el enemigo, mucho mas numeroso, fué rechazado. Desde entonces se portó Antara como el héroe mas valiente en la larga guerra de Dajis, y cuando alguno de los beduinos puros, orgulloso de su ascendencia, le echaba en cara su nacimiento, podia con razon decir:

En la mitad de mi sér
Soy noble de pura raza;
Y en cuanto á la otra mitad,
La ha ennoblecido mi espada.

Háse conservado hasta hoy entre los árabes de todos los países el recuerdo de su caballeresca figura, y en torno de ella se ha formado un círculo de leyendas, como en torno de los héroes de la Tabla Redonda del rey Arturo. Las narraciones de sus hechos forman el contenido predilecto de los romances populares, que corren en todas las tierras de lengua arábica, siendo la mas agradable distraccion de los orientales oírlos recitar en los cafés por declamadores de oficio.

Al mismo tiempo se han conservado sus propios cantos, pues ya en el II siglo despues de Mahoma los filólogos árabes coleccionaron cuidadosamente todos los monumentos de la castiza antigua lengua, y en primer lugar, como es natural, los cantos de los poetas preislamitas, que hasta allí se habian perpetuado solo en boca del pueblo. Fueron escritos entonces, añadiendo á menudo narraciones de la época de su origen y otras varias circunstancias, ya fuera que se reunieran en un libro las poesías del mismo autor, — á

(2) No muy léjos de la Meca.

(3) Cuando se quiere destetar á la cria del camello, se liga la ubre á la madre para que aquella no pueda mamar.

una de estas colecciones se le llamaba el Diwan (1) del poeta respectivo, — ya fuera que cantos de diversos poetas se unieran formando una colección selecta ó ejemplar. La de mayor consideracion entre estas últimas es la comunemente llamada *Mo'allakat* (2), que contiene siete largas poesías de Imruulkeis, Tárafa, Lebid, Soheir, Amr Ibn Kolthum, Hárith, Ibn Hillise y Antara.

Algunos incluyen tambien en ella los cantos de Ascha y de Nábiga. Los de Imruulkeis, Soheir y Antara se encuentran traducidos en la obra de Rückert: *Amrillkais y Hamása*, y los de los siete por P. Wolff (Rottweil, 1857). Despues de la Mo'allakat viene la Hamása, antología de pasajes especialmente bellos de antiguos cantos, ordenada segun su contenido en varios capítulos por Abu Temmám, poeta que floreció en tiempo de los Abasidas, de cuya traduccion alemana por Rückert ya hemos hecho mencion diferentes veces.

Todo lo que sabemos de la vida de los árabes antes de Mahoma, de lo cual hemos procurado dar en lo que precede una idea en extracto, lo debemos á las citadas colecciones. En ellas vive aun hoy día la antigua Arabia; mas cuando produjo á estos sus mas grandes poetas se encontraba ya en el umbral de una nueva era.

CAPITULO II

EL PROFETA MAHOMA

Por el año 570 de nuestra era (3) nació Mohammed (Mahoma), hijo de Abdallah. Refiere la leyenda que en la noche de su nacimiento se estremeció el palacio del Cosroes Anoscharwan, rey sasánida en Ctesifonte, y se apagó el fuego sagrado de los persas, que había ardidido hasta allí sin interrupcion durante mil años. De todas suertes es lo cierto que en la Meca no se sintieron semejantes señales precursoras de sucesos que habian de conmover el mundo; segu-

(1) Diwan es una palabra persa que ha pasado al árabe, que en realidad significa *registro*, y que despues fué usada de un modo general para designar libros de comercio y otros por el estilo. De ahí es que se haya convertido en forma general para expresar las autoridades administrativas y el gobierno; en otro sentido tambien, como en nuestro caso, se usa para designar colecciones de tradiciones escritas del mas diverso género, si bien por lo comun poesías.

(2) Este nombre se explica de muy distintas maneras. La version mas general entre los sabios árabes es que son cantos premiados, reconocidos como los mejores entre los presentados por los poetas mas importantes á los jefes de las tribus que se reunian en las ferias junto á la Meca, especialmente en Okaz; se escribian con letras de oro y se colgaban en la Ka'aba, y de ahí que se les designe como *los colgados*. Esta última es, en realidad, la significacion de la palabra *mo'allakat*; pero aquella explicacion es contradictoria en mas de un punto con lo que sabemos de las costumbres de los árabes preislamitas, y ha sido, como tantas otras, inventada posteriormente para la convencional explicacion de la palabra. Ahora parece seguro que las poesías debieron de ser designadas con la metáfora, despues muy en uso, de las perlas, — que se ensartan en un hilo; — así, *las colgadas* equivaldría á perlas poéticas engastadas en una diadema.

(3) La fecha convencional es la de 20 de abril de 571, pero ha sido calculada posteriormente por los cronólogos árabes, así como los sincronismos (por ejemplo, el año 42 de Cosroes Anoscharwan, el noveno del rey de Hira Amr Ibn Hind y otros varios), que son citados repetidamente por los historiadores posteriores. Parece basado en tradicion mas antigua el dato de que el nacimiento del profeta ocurrió en el año del «hombre de los elefantes,» pero tampoco sabemos cuál es este. Se obtiene aproximadamente el año 570 cuando se deducen del año de la Egira (622) los 53 años que parece que vivió en la Meca; aquel dato, aun cuando 40 en Oriente no representa por lo general mas que un número redondo en las decenas, como el 7 en las unidades, concuerda bastante bien con todos los hechos conocidos de su vida de familia y de su vida pública.

ramente que nadie, fuera de los parientes mas cercanos, se curaba de que Amina, hija de Wahb, de la familia Sohra, hubiese dado á luz un varon, pues la mujer vivía en situacion precaria. No hacia mucho tiempo que se habia casado con Abdallah, hijo de Abd-el-Muttalib, de la familia Háschim, pequeño mercader que poco despues de su casamiento marchó con una caravana á Gaza, en Siria, obligado por sus negocios, y que habiendo caído enfermo á su regreso, debió permanecer en Yathrib, donde murió antes del nacimiento de su hijo. El escaso caudal que dejó parece que consistía en cinco camellos, un rebaño de cabras y una esclava llamada Omm Eiman; apenas bastaba para satisfacer las necesidades mas apremiantes de la viuda. Así, es poco creible que enviara á su hijo á casa de una beduina para que se robusteciera con el aire mas sano del campo, como posteriormente fué costumbre hacerlo entre las familias mas ricas de la ciudad; la tradicion, sin embargo, lo refiere unánimemente, como tambien que Mahoma en años posteriores, vencedor de la tribu á que pertenecía su ama, por amor á esta se mostró sumamente benigno con aquella tribu. Aquí se ve tambien claramente el esfuerzo hecho para presentar al pequeño Mahoma como descendiente de una familia importante. Como se comprende no faltan tampoco, al propio tiempo, toda clase de leyendas é historias maravillosas, encaminadas á comunicar brillo sobrenatural al nacimiento y á la juventud del futuro profeta. No haré mencion mas que de una de ellas, como ejemplo del sistema atrozmente absurdo que emplea la tradicion para formar los mitos. «El Profeta, dice así, estaba jugando con otros niños cuando apareció el ángel Gabriel, le cogió, abrióle el cuerpo, sacóle un coágulo de sangre y lo tiró diciendo: ¡Esta es la parte del demonio! Despues le lavó interiormente con agua de la fuente Semsem, que habia en un vaso de oro, y le cosió otra vez el cuerpo. Los niños echaron á correr en direccion á la mujer que le cuidaba, gritando: ¡Han matado á Mahoma! Ella corrió á su encuentro y le halló pálido.» El narrador añade: «Hemos visto la sutura en su cuerpo.» Se comprende que esta historia ha sido puesta en boca del designado como narrador y testigo presencial; su origen, sin embargo, puede en este caso demostrarse claramente. Mahoma en el Corán dice que Dios le consoló (cap. 94, 1), con estas palabras: «¿No te hemos abierto el pecho?» Esto equivale á: «¿No te he librado yo de apuros y dolores?» porque tambien al árabe se le oprimía el pecho de pena y angustia. Posteriormente comenzó á tomarse la frase en su sentido literal, procurando atribuir su origen á la aparente ilacion del contexto, y así nació la idea de que pudo tener efecto la apertura del pecho para arrancar de él el pecado original, por especial disposicion de Dios. Y para que la purificacion, que ya era de esperar que la habia de hacer Gabriel, ángel tutelar de Mahoma, fuese completa, era indispensable un lavatorio, que á todas luces no podia verificarse mas que con el agua de la fuente sagrada Semsem; y si para hacerlo se empleó un vaso de oro, y no de diamante, debióse, indudablemente, á un rasgo de modestia.

Mas fundamento que esta historia parece tener el relato de un viaje que hizo Amina á Yathrib con su hijo, que tenia entonces seis años. Segun las genealogías usuales, la madre de su difunto marido procedía de dicha poblacion; además, es posible que Amina tuviera deseos de visitar el sepulcro de su marido antes de que llegase su propio fin, que tal vez sentiria acercarse siendo mujer de suyo delicada. Allí permaneció un mes con el niño, el cual, 47 años despues, cuando fijó su residencia en Yathrib, reconoció los sitios de sus juegos juveniles. Como su esposo, tampoco Amina debia regresar de su viaje á su patria. Llegó enferma á Abwá, lugar